

## VICENTE GALLEGO

### **La pintura de Mery Sales: más allá de las formas, los colores y los nombres**

Ha querido Mery Sales, pagando así una deuda de gratitud lectora, poner algunos de sus cuadros -los que reúne en buena hora esta exposición- bajo el abrigo de la razón poética de María Zambrano, que se abraza con su propia razón pictórica de manera natural. No podía obligarla este homenaje a pintar con plantilla -es decir, tratando de recrear en el lienzo el mundo de la escritora recordada-, porque entonces estaría traicionando esa intuición de base que las une y cimenta su horizonte como artistas: la que no concibe el arte fuera de la perfecta espontaneidad con que él se manifiesta. El arte, si no *ocurre* libremente, si no se nos impone instalándonos en la más honda perplejidad, se limita a un forcejeo entre la voluntad personal y sus anhelos. Ahora bien, la verdadera libertad de un artista es inseparable de su pobreza, de su gozosa rendición, de su obediencia desnuda. “*El arte es realidad*”, ha escrito uno de nuestros más lúcidos intérpretes de ese misterio radical que es la creación, Ramón Gaya. Pero ¿qué es la realidad, y cómo

puede el arte formar parte de ella surgiendo desde el corazón mismo de esa realidad? Un arte que no brote de lo más recóndito, que tome sus pertrechos en el nivel de la personalidad, podrá ser un arte quizá *bonito*, pero nunca verdadero y, por lo tanto, nunca original, puesto que la originalidad es algo que sólo se halla en la fuente; y la fuente de donde mana toda luz, toda belleza, siempre permanece oscura. Escribe María Zambrano:

*“La forma primaria en que la realidad se le presenta al hombre es la de una completa ocultación, ocultación radical; pues la primera realidad que al hombre se le oculta es él mismo. (...) La realidad no es un atributo o cualidad que les conviene a unas cosas sí y a otras no: es algo anterior a las cosas, es una irradiación de la vida que emana de un fondo de misterio.”*  
(*El hombre y lo divino*).

Así pues, es necesario que el artista renuncie a toda expectativa, que apague sus cuatro velas y se arme de paciencia humilde, si ese raudal de luz inaudita, el repente de la creación, ha de iluminar su estancia. Nadie puede, si está en sus cabales, aspirar al arte, porque el arte, como el amor, es una revelación soberana de la vida en nosotros. Allí donde recibimos un día el ser, donde estamos recibéndolo en toda su pureza a cada instante, aquí mismo, en lo nuestro más íntimamente desconocido, aquí nace el arte, y no tiene dueño, aunque disponga su morada en nuestra casa, que es la de todos.

Mery se ha dejado pintar en esa morada propia de la pintura donde se siente que el desprendimiento es la más pura razón de la pertenencia. ¿No es mucho más nuestro ese verso, esa pincelada que contemplamos ocurrir y no somos capaces de explicarnos? Estas pinturas, estos organismos vivos, fluyentes y a la vez varados en la plenitud del tiempo - en la atemporalidad, que es el lugar cierto del arte-, no permitirán a sus espectadores, me parece, ninguna manipulación, ningún apriorismo, puesto que no nos imponen un sentido obvio, no se mueven entre límites, sino que están como abiertas en todas direcciones, irradiando a la vez desde todas ellas el magnetismo de la raíz. No ha pintado Mery aguas, charcos, llamas, boscajes, quiero decir que no parece haber querido pintarlosy, sin embargo, todos esos prodigios han surgido de su pincel sin encerrarse en sus respectivos conceptos, sin obligar la mirada del espectador a lo consabido. Mery pinta la soltura en el abrazo, acoge las formas sin determinarlas, sin reducirlas a sus estereotipos, y esto permite que todas confluyan en esa unidad misteriosa que está más allá de las formas, los colores y los nombres: la pintura.

Así como la vida es un proceso que se alimenta de sí, que desfallece en sí y renace de sí mismo, así estos cuadros de Mery están vivos en cada uno de sus detalles, de sus deslizamientos, de sus sombras y sus estallidos. Y todo ocurre silenciosamente, como envuelto en una certidumbre que es la ausencia de toda pretensión, y que es así la necesidad manifiesta del cuerpo solo de la pintura. Si vamos en busca de algún significado, lo más probable es que estos oleos nos despidan pronto, doblemente cargados con las cuatro superficialidades con las que ya veníamos de casa, pues veremos el charco o las ramas donde ni el uno ni las otras han tenido tiempo de ensancharse, de crecer hacia dentro y desdecirse para hacerse escuchar más hondamente. Sin embargo, el que se asome a ellos limpio de polvo y paja quizá se sienta acunado por una emoción que no expresa del todo la palabra armonía, por más que quizá sea esa palabra la que mejor convenga a la relación interna que presentan los diversos elementos de esta pintura hecha de una pieza.

Aguas, ramas, luces, hilos, reflejos, figuras entrevistas, ¿qué sois, de dónde habéis surgido?, parece decirse Mery cuando pinta y se encuentra en la vorágine de tanto crecimiento, de tanto sin porqué. ¿Qué sabemos nadie de la belleza sino que es una necesidad existencial que nos toma las manos y las pone a su servicio para hacernos verdaderos? Con manos bien lavadas ha tomado Mery sus pinceles y ha pintado, sencillamente, llena de gratitud, aquello que debía y nos debía.